

www.elboomeran.com

*José Esteban*

# DICCIONARIO DE LA BOHEMIA

*DE BÉCQUER A MAX ESTRELLA*

(1854-1920)

SEVILLA  AÑO 2017

---

LOS CUATRO VIENTOS  
RENACIMIENTO

© José Esteban Gonzalo  
© 2017. Editorial Renacimiento

[www.editorialrenacimiento.com](http://www.editorialrenacimiento.com)

POLÍGONO NAVE EXPO, 17 • 41907 VALENCINA DE LA CONCEPCIÓN (SEVILLA)  
tel.: (+34) 955998232 • [editorial@editorialrenacimiento.com](mailto:editorial@editorialrenacimiento.com)

Diseño de cubierta: Alfonso Meléndez,  
sobre la obra *Salon des cent* de Frederic Auguste Cazals, 1894

*Texto revisado por Pedro Gozalbes Alonso*

DEPÓSITO LEGAL: SE 981-2017 • ISBN: 978-84-16981-59-5  
Impreso en España • Printed in Spain

---

---

# INTRODUCCIÓN

**S** IEMPRE he sido un apasionado de los diccionarios. Los considero libros necesarios, imprescindibles. Y he escrito alguno (*Breve diccionario de ventas, mesones, tabernas, vinos, comidas, maritornes y arrieros en tiempos de Cervantes*. Murcia, 2006). Y no desconozco ni minimizo su dificultad. Como han escrito mis predecesores (Juan Manuel Bonet, *Diccionario de las vanguardias*. Madrid, 1999), sus lectores empiezan fijándose en lo que falta, y en un diccionario de este tipo, donde tan poco hay escrito y sistematizado sobre movimiento tan complejo, tortuoso y poco historiado, lo no incluido debe ser mucho. Pido disculpas. Mi intención no ha sido otra que sistematizar lo que he aprendido, y fijarlo para lectores y, aún más, para estudiosos del futuro.

Muchas han sido las dificultades, el largo tiempo que abarca, desde la llegada de Bécquer a Madrid hasta la aparición de Max Estrella en 1920. Y escurridiza es la definición de la bohemia, según Emilio Carrere, «esa forma espiritual de aristocracia, de protesta contra la ramplonería estatuida. Ese anhelo ideal de un arte más alto, de una vida mejor: y por ello la situación de un bohemio es mucho más amarga, en la vida de relación, de lo que se creen los que se figuran que la bohemia está en el vestido o en las melenas descuidadas». O, descriptivamente, «la bohemia consiste en derrochar la

vida y el ingenio y el oro, sin fijarse en el mañana; pero cuidándose de hoy y combatiendo a diario por algo, que siempre es grandioso, aunque muchas veces sea irrealizable: la conquista del porvenir», según Joaquín Dicenta. A la dificultad de filiación de tanto bohemio y aprendiz de escritor suelto, sin domicilio conocido, con sus escritos perdidos o desperdigados en multitud de publicaciones efímeras, desconocidas, y muchas de ellas hoy inencontrables, se suma la falta de estudios sobre el movimiento en general y el desprecio por sus integrantes. No fui, ni soy, ajeno a estos inconvenientes, pero aún así el intento de historiar tanto deslavazado material, tanto silencio alrededor, ha sido apasionante. Pero, lo confieso, agotador. Reconozco que falta por investigar y peinar algunas publicaciones que dedicaron cierta atención a aquellos perdedores. Pero lo reunido, pienso, no es para dar migas a un gato y contiene datos, historia, publicaciones, libros y nombres en cantidad muy superior a todos sus predecesores. Quizá debo conformarme con ello, que, estimo, no es tan poco.

En sus páginas (no sé si muchas o pocas) están los bohemios. Está y puede rastrearse a esa tribu de melenudos, de hampones, de hambrientos de vida y esperanza, navegantes de la Puerta del Sol en búsqueda y captura de un café con leche y media tostada; esos proletarios del arte que quisieron cambiar el arte y la vida, y fueron conscientes de su condición de artistas, abandonados a su suerte, que condenaron el capitalismo sin alma y el mal gusto burgués, como antecesores de los modernos y actuales desarrapados; que entregaron su vida al arte, sin tener en cuenta sus graves consecuencias.

En estas páginas no sólo desfilan los protagonistas del periodo bohemio, sino también los cafés donde encontraron algo de calor y cobijo; sus publicaciones con las que pensaron influir en la sociedad,

los tugurios donde comieron, las terribles casas de huéspedes donde se vieron obligados a dormir, las calles por donde arrastraron sus miserias y sueños, los bancos públicos donde se vieron obligados a pernoctar y los primeros riegos de la mañana que les obligaban a despertarse. Los editores que les publicaron, los sableados y operados, así como sus tretas y picardías, y su incansable ingenio en su lucha diaria, en su cuerpo a cuerpo con la vida, que les había cerrado sus puertas. El alcohol al que se entregaron, la cárcel y el hospital, a que se vieron condenados y, finalmente, la fosa común que les esperaba desde el momento que decidieron buscar la gloria literaria, en un Madrid, que siempre les fue hostil.

También sus obras, la mayoría de ellas, y la relación de aquellos escritores que supieron o quisieron ver cuánta grandeza había en esos perdedores; también aquellos otros que les despreciaron o simplemente no les comprendieron ni estimaron.

A los escritores de la generación del 98 y anteriores se les puede calificar según supieron acercarse y comprender la bohemia literaria y artística, y aquellos otros que la rechazaron de plano. En este grupo debemos incluir a Baroja, cuya ceguera y obcecación no le dejaron ver el drama de esos derrotados. No supo ver lo que representaba Alejandro Sawa y nos dejó páginas despectivas para casi todos ellos, los llamó «holgazanes» y otras lindezas por el estilo. Así de tajante se mostraba:

«Nunca he sido practicante de ese mito ridículo que se llama bohemia. Vivir alegre y desordenadamente en Madrid o en cualquier otro pueblo de España, sin pensar en el día de mañana, es tan ilusorio que no cabe más. En París y en Londres esta bohemia es falsa; en España, donde la vida es tan dura, es mucho más falsa aún».

Añadamos los nombres de Clarín, que los llamó «melenudos»; Unamuno y Ortega, al que Ramón Gómez de la Serna dijo en una ocasión memorable: «Don José, no hay que tener miedo ni a la bohemia ni a la noche». Y Ramiro de Maeztu que escribió un resonante artículo titulado: «¡Adiós a la bohemia!».

En el otro grupo, en el de aquellos más generosos, comprensivos y a nuestro modo de ver con ojos de hoy, inteligentes, contamos con Valle-Inclán, que nunca dijo adiós a la bohemia, y que, en el irrepetible esperpento *Luces de bohemia*, dejó escrito el más grande epitafio literario que cabía esperar sobre uno de sus componentes, Alejandro Sawa. Debemos contar con Manuel Machado, bohemio practicante un tiempo y a su lado Ramón Gómez de la Serna, Cansinos Assens y Eduardo Zamacois, el creador de *El Cuento Semanal*, novelista y autor de memorias inolvidables y fuente hoy indiscutible para historiar aquel movimiento literario, social y político, al que despectivamente y sin conocerlo, se le ha intentado borrar de nuestra historia literaria.

# A

✠ **ABEL DE LA CRUZ** [ Alter ego literario y vital del escritor Alfonso Vidal y Planas y personaje de algunas de sus obras, siempre contadas en primera persona. La elección de este simbólico nombre indica cuánto de evocación y misticismo del Cristo humano, socialista y bohemio hay en él.

Así, aparte de aparecer en algunas de sus obras, es el protagonista de una muy particular, *El pobre Abel de la Cruz* (Madrid, Biblioteca Hispania, 1923), donde se nos cuenta el calvario del escritor y de tantos otros autores bohemios.

En sus primeras páginas se nos ofrece: «Un retrato piadoso del pobre Abel de la Cruz». Y, «¿quién es Abel de la Cruz? Un desdichado...». Abel de la Cruz escribe libros que ningún editor quiere publicar; es sablista, duerme en la horrible posada de Han de Islandia y ama a una mujer que no conoce, y que no ha visto nunca. Abel de la Cruz entra en todas las casas de lenocinio; entra en un café; si lleva dos reales toma café y escribe versos que son, como sus otras obras, impublicables. Uno de sus versos dice: «¡¡¡Yo sufro casi tanto como Cristo en la Cruz!!!». Abel de la Cruz ama a la muerte, la desea, como les pasa a muchos bohemios y escribe sus memorias. Ha cumplido largas condenas en Figueras, Ocaña y San Miguel de



los Reyes y se refugia en Cristo y hasta ha visto un verdadero milagro. Pero es un desdichado y nadie le hace caso. Al fin, el «pobre Abel de la Cruz» muere y sus compañeros los hampones que habitan en el horrible dormitorio de Han de Islandia, rezan una oración en su honor, «Oración de los hampones»:

«Abel de la Cruz: Tú que estás en el cielo, porque ya tienes novia que te comprende, ruega por nosotros. Se seca de tristeza nuestro pobre corazón igual que se secaba el tuyo. ¡Pide a Dios Nuestro Señor que nos lo arranque y lo deposite en las manos de la Muerte, novia amantísima de todos los tristes y los locos! Y los otros miserables exclaman: —Así sea».

♣ **ABULIA** | Palabra de origen griego, que los diccionarios definen como falta de voluntad o disminución notable de su energía. Baudelaire y Verlaine, como muchos otros bohemios españoles, estetizan la abulia. Baroja en *Camino de perfección* (1902) narra la historia desazonante de un héroe abúlico, así como Azorín en su *Diario de un enfermo* (1901). El ser abúlico es a la vez un hiperestésico, añorante, brumoso, una persona fuera de lo común, un artista, un anormal.

Sawa, en París, comenzó a sufrir una abulia en parte aristocratizante, y en parte grito paralizante del perdedor, que no logra concretar en letra impresa el país del sueño; no hacer, porque no se puede hacer nada, ya que los grandes días duermen en la sombra del futuro. La bohemia parisina podría sonar como el inicio de un poema de Charlos Cros, el mulato: «He soñado amores divinos § la ebriedad de brazos y de vinos § la plata, el oro, los quiméricos reinos». Pero, acaso acabe con el final de otro poema de Morice: «No sé qué hice con mi vida, § ¿qué podré hacer con mi muerte?». Entre nosotros fue Manuel Machado quien puso en magníficos versos la

atracción irresistible de la abulia: «Mi voluntad se ha muerto una noche de luna § en que era muy hermoso no pensar ni querer (...). «¡Qué las olas me traigan y las olas me lleven, § y que jamás me obliguen el camino a elegir!». («Adelfos»).

‡ **ACEVEDO, MANUEL DE** [ Bohemio rescatado del más profundo de los olvidos por González Ruano.

«Acevedo fue siempre, en la pirueta, en la sala del hospital o donde se encontrara, don Manuel Acevedo. Yo, aunque sin otra base que su apellido, que también llevo, le trataba de pariente cuando le alargaba la mano con un durillo, y él, que era sensible como una criaturilla de Dios, me agradecía tanto el trato como la moneda.

»También era don Manuel de Acevedo modesto en estatura y tan escaso en carnes que sólo tenía como un pellejo apolillado con el que cubrir el macabro impudor de los huesos. Llevaba barbita en punta y con sus ojos muy dulces y azules a mí me asociaba la imagen de un San Francisquito humilde y conmovedor.

»—Parece —dije una vez, bien sabe Dios que sin ánimo de irreverencia— San Francisco de Anís...

»Don Manuel de Acevedo fue en sus buenos y distantes años un abogado conocido y hombre de buena posición y feliz existencia. La historia de su caída hasta el arroyo de la picaresca no la sabemos. Cuando yo le conocí, también por el año 1925 o cosa así, tendría el hombrín ya más de cincuenta eneros en su temblor de todos los fríos. Don Manuel de Acevedo era sablista amable y original. Llamaba a las casas y, con natural sorpresa del sableado, empezaba su dulcísimo ataque de esta manera:

»—Mire, señor, yo soy filántropo... Tengo ahora un joven protegido de mucho valor como poeta, que necesita cenar esta noche

porque lleva varias sin que le entre nada tibio por la boca... Yo soy, como le digo, filántropo. Pero de momento soy un filántropo sin posición... ¿Podría usted darme cinco pesetas para mi protegido?

»Su protegido en cierto modo existía, aunque más bien era su socio en este arte de vivir. Se apellidaba Figueroa, creo recordar que Iglesias Figueroa, y era un joven y mal escritor largo y pacífico, también unido casi filialmente al filántropo Acevedo.

»Acevedo entre tantas y tantas cosas perdidas había perdido también a su mujer, que desde hacía muchos años vivía con un hombre de poca condición en los barrios bajos. La humildad y la necesidad de don Manuel llegó al extremo de que, no guardando rencores y deseando tener una simulación de hogar los visitaba los sábados y la pareja le daba dos pesetas porque baldeara el piso, limpiara los trastos y cuidase por la noche de un niño que había, para, como sábado, poder ir ellos al cine del barrio». (César González Ruano, *Mi medio siglo se confiesa a medias*. Sevilla, Renacimiento, 2004, pp. 225-226).

✠ **ACUÑA, ROSARIO DE** † (Madrid, 1851-Gijón, 1923). Perteneció a una familia aristocrática, pero muy joven ingresó en las filas de los librepensadores y colabora con el naciente grupo Gente Nueva y se interesó vivamente por los problemas sociales. Fue una figura destacada de la masonería española, con el nombre de *Hipátia*. Sus obras teatrales *Rienzi* (1876) y *El padre Juan* (1891) provocaron fuertes polémicas. Escribió ensayos y cuentos, hoy recogidos en libros.

La han rescatado del olvido Carmen Simón, con la edición crítica de su teatro y Amelina Correa en *Cuentos de mujeres*. Víctor Fuentes incluyó en su antología, *Cuentos bohemios españoles*, un relato suyo: «Una fiesta».